

EXODO

Partir fue siempre nuestro destino. Salíamos de un lugar y llegábamos a otro donde nadie nos esperaba. Partíamos llorando, llegábamos llorando. Abraham nos condujo desde la Mesopotamia a Canaán y Jacob desde Canaán a Egipto. Y después salimos de Egipto y seguimos rodando. Transcurrieron siglos y siglos hasta que pudimos asentarnos definitivamente en la tierra ancestral, perdida y recuperada. Ahora cantamos. Como lo prometían los Salmos.

Fuimos el pueblo del Exodo, después fuimos el pueblo de la Diáspora, ahora somos el pueblo de la recuperación, el pueblo de la casa propia, del cielo prometido. El fuego de la tarde bebe la savia de los olivos y la renueva todas las mañanas.

Mis tataradeudos conocieron las amarguras y vicisitudes del éxodo. Conocieron el éxodo de Egipto y conocieron el éxodo de 1492, en vísperas del descubrimiento de América, cuando Colón, un judío, les regalaría a los Reyes Católicos que habían firmado el decreto de expulsión de los judíos de España, un continente virgen. Otro paisaje, por supuesto, pero no otra historia.

Adonai obró prodigios para lograr la liberación de su pueblo. Lo condujo a través del desierto, haciéndole seguir una columna de fuego y una columna de humo. Hizo llover maná como un rocío color de bedelio y sabor a miel. Y le dio un libertador que supo conducirlo, cantar la grandeza de Dios y celebrar melancólica y generosamente todo lo que no era suyo. Como el hijo de un rey, nuestro pueblo ha caminado entre guerreros y mercaderes, ha contado sus ciclos por lunas, y supo siempre que una piedra puede detener el raudal de las aguas, pero también elevar su nivel.

El pueblo conducido por Moisés avanzaba hacia el país de la leche y de la miel, mien-

tras los pájaros subían al aire a depositar sus cantos y volvían a bajar para buscar otros y subirlos nuevamente. El viento, que jugaba con las arenas, traía voces remotas.

Las gentes, mis gentes, habían sido esclavas en los dominios del Faraón y ahora avanzaban hacia la libertad. Tendrían techo y pan y árboles para que descendan sobre ellos la luz y la brisa.

¡Tendrían las manos libres para arar y para sembrar!

Y las cosechas serían suyas, sin amos y sin mediadores cicateros.

Salimos de Egipto hostigados, afrentados, despojados; recorrimos el desierto, conocimos la tierra dura y calcinada por los fuegos de agosto. Por todas partes fieras terribles, vientos hostiles y arenas ennegecedoras nos veían pasar.

Mujeres, ancianos, niños, soñadores reuníamos nuestras fuerzas en un solo haz y seguíamos marchando bajo el sol implacable. La sed abrasaba nuestros labios y nuestras frentes. Cuando estábamos a punto de caer desfallecidos, los más fuertes tañían panderos, con sus secas manos coriáceas, para infundirnos ánimo.

Florecente siempre, como las vides muy podadas, curtido por las resolas, transido de fe, el pueblo del Exodo olvida su antiguo dolor y se asienta en la tierra común, nada común, convertida en hogar.

Las mujeres podrán encender el fuego sobre las piedras y los hombres, saciada su sed en los manantiales insomnes, apartarán sus herramientas para las jornadas de labor, persuadidos de que el porvenir y la paz habrán de ser suyos.

Después, mucho después, los hijos de sus hijos verán escrita la promesa en el libro infalible.





EL BECERRO DE ORO

No podía creerlo, pero estaba allí, respirando el mismo aire que el paraíso le cedió al Neguev, entre los límites meridionales de Canaán y el Golfo de Akaba.

Levanté la vista y ví descender del monte Sinaí, que algunos llaman la montaña de Elohim y otros Horeb, bajo un sol que embellecía la luz, a Moisés. Sí, a Moisés, el soñador que condujo pueblos, unificó naciones y separó las aguas del mar, y cuyas manos alzaron el Arca de la Alianza. A su encuentro corría Josué, el lugarteniente de Dios, el guerrero implacable.

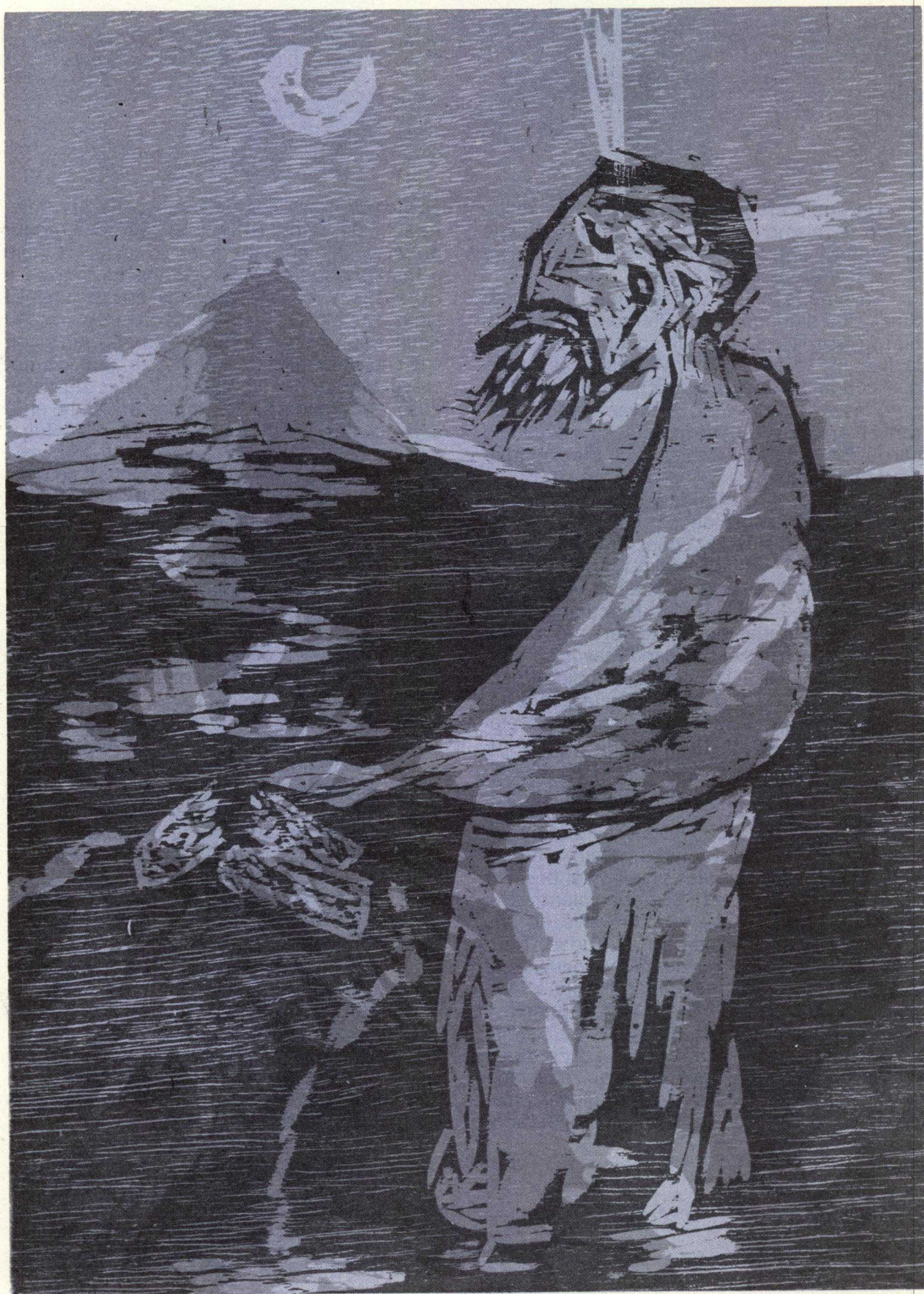
Desvié los ojos atraído por un extraño clamor. Con el asombro de los forasteros, Josué había visto batir en los cuños el oro y descubierta que el nefelibata sabio, hermoso y débil que había forjado un Apis en el molde con los pendientes dorados de las mujeres y las pulseras cuadradas de los hombres, era nada menos que Aarón, el hermano mayor de Moisés. El pueblo bailaba y cantaba bajo el acero azul de la tarde sobre el valle desnudo, y se interrumpía de tanto en tanto para elevar sus plegarias al ídolo. Josué quería impedir que Moisés contemplase el sacrilegio. Thara, el padre de Abraham, construía ídolos de arcilla en Ur, y Raquel robó y se llevó consigo los ídolos de Laban. El rey Yeroboam había erigido ídolos de metal precioso en los santuarios de Dan y Beer Sheva, y el becerro de oro se veneraría en Samaria mientras el profeta Oseas predecía el cautiverio de sus gentes y la destrucción de la ciudad. Pero Aarón era el varón prudente y elocuente a quien se refirió Adonai cuando le dijo a Moisés: **"Tu hermano hablará por tí al pueblo y él te será a tí en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios"**, y había sido quien compartió con aquél los sueños de redención de su pueblo y quien lo acompañó al palacio de Menephtah II para exigirle al faraón,

en nombre del Dios de Israel, que permitiera salir de Egipto al pueblo hebreo. Y ahora era él, justamente él, quien fraguaba el ídolo a instancia de aquellas gentes tornadizas e ingratas y las acompañaba en su jubilosa algazara. Moisés había estado en el monte Sinaí, a la sombra de Dios, cuarenta días con sus cuarenta noches, y el pueblo, impaciente, creyó que ya no regresaría. Así es de veleidoso el corazón de los hombres, semejante a las nubes de la tarde, tatuadas de fugacidad.

Josué que pudo detener al sol en su marcha, no pudo evitar la santa ira de Moisés, que hizo pedazos la piedra del Decálogo y luego descendió hasta su rebaño rebelde y con su fuerza de cíclope alzó al ídolo entre sus brazos y lo arrojó al fuego. Y yo ví cómo las llamas devoraban al becerro de oro en medio de un silencio ensordecedor. Y luego ví cómo una vez convertido en cenizas, Moisés arrojó esas cenizas al arroyo y cómo obligó a su pueblo a beber de la corriente que se llevaba el polvo de oro. Y el pueblo bebió. Y aprendió la lección para siempre.

Es cierto que Moisés rompió las tablas de la Ley escrita por el dedo de Dios, y que subió a buscar otras después que la amargura que desbordaba sus labios cedió paso a la serenidad. Pero también es cierto que su pueblo no adoró en un momento de ofuscación y de impaciencia al becerro de oro porque era de oro, sino porque tenía necesidad de elevar sus preces a alguien, de depositar su fe en alguien, de sufrir y alegrarse por alguien, en un mundo hecho para sufrir y para esperar.

Moisés y Aarón, que alcanzaron la merced de ver a Dios cara a cara, no obtuvieron en cambio la gracia de entrar en la Tierra Prometida. Su pueblo sí. Cuando vuelva a verlos les preguntaré por qué.



MOISES ROMPE LAS TABLAS DE LA LEY

Tenía un oído tan sutil, que podía percibir desde el llano el murmullo de la lluvia en las cumbres. Las gentes comunes creen que Dios habla con voz de trueno, cuando que en realidad habla en silencio y sólo pueden oírlo los elegidos. Uno de estos elegidos era Moisés. Cuando su pueblo llegó a Sinaí, Moisés se dispuso a ascender a la montaña, no sin ordenar antes a sus gentes que se santificasen para recibir la ley de Dios. El aire estaba quieto como la eternidad, y el sol movía sus espadas de luz en el momento en que Moisés subió a dialogar con el Creador. Cuarenta días con sus cuarenta noches permaneció el caudillo en el amagatorio celeste.

De allí trajo las Tablas de la Ley escritas con el dedo de Dios. En hebreo se llaman *lujot ha-adut* (tablas del testimonio) o *lujot hablit* (tablas de la alianza). Moisés leyó deslumbrado el primer mandamiento del Decálogo, que es, en realidad, un prelude, y dice así: Yo soy Adonai, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de siervos. La primera persona (yo), piensa Moisés, indica que se trata de un ser consciente y no de una divinidad ciega como la naturaleza. La primera manifestación fundamental de la divinidad describe a Dios como a un Dios de la libertad. Este Dios de la libertad no tardaría en ser desoído y escarnecido por las gentes de Moisés, como si gentes obnoxias a la muerte pudieran desoir y escarnecer al ser supremo que tiene su vida en sus manos. Los desdichados habían instado a Aarón, el primogénito, a forjarles un becerro de oro y Aarón había obedecido ciegamente.

Cuando Moisés regresó a su pueblo con las Tablas de la Ley, y descubrió a su gente haciendo piruetas y entonando cánticos sin sentido, a un pueblo opulento de falsos tesoros, borracho de idolatría y suficiencia, un pueblo que no merecía llamarse pueblo, fue asaltado por una furia que nunca había conocido, ni aun en momentos más terribles e indecibles que aquel.

¿Este es mi pueblo?, se preguntó. ¿Mi pueblo a quien Dios libró de la esclavitud y a quien me ordenó conducir a la tierra prometida? ¿Cómo es posible que ponga tan fácilmente en evidencia su ingratitud, estrechándose más y más alrededor de una imagen, como la almendra que se seca en la cáscara?

Tomó Moisés una de las Tablas y la quebró contra el monte. Y tomó la otra y también la hizo añicos. Pero el pueblo no tardó en arrepentirse, no tardó en comprender. Y Moisés subió otra vez al Sinaí y por su mediación renovó Dios su alianza con el pueblo de Israel, escribiendo nuevamente el Decálogo e impartiendo nuevamente su bendición.

Los padres no pueden abandonar a sus hijos.

La Cábalá nos enseña que estuvo bien que las primeras Tablas se rompieran, pues la intensa luminosidad de la escritura hecha con el dedo de Dios, hubiera causado la muerte de quienes pusieron los ojos en ella.

César Tiempo

De *El Becerro de oro y otros temas*. Paidós. Buenos Aires 1971.



ALFREDO GOLDSTEIN

Nació en Buenos Aires en 1921. Egresado de la Facultad de Odontología de la Universidad de Buenos Aires, estudió pintura y grabado privadamente.

Realizó 22 exposiciones individuales en Buenos Aires, Córdoba, Mar del Plata, Nueva York, Miami Beach, Los Angeles, México, etc.

Intervino en múltiples exposiciones colectivas. Ilustró varios libros. Premio de la Isra-expo e invitado especial al premio Gramon 1971.

Sus obras figuran en importantes colecciones privadas y museos del país y del exterior.

